

NEW LEFT REVIEW 96

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2016

EDITORIAL

PERRY ANDERSON

La casa de Sión

ARTÍCULOS

IVÁN SZELÉNYI

Capitalismos después del comunismo

WALTER BENJAMIN

Junto a la chimenea

VERÓNICA SCHILD

Los feminismos en América Latina

CARLOS SPOERHASE

Seminario vs *mooc*

MARCO D'ERAMO

Vida portuaria

SVEN LÜTTICKEN

Personajificación

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN

La pervivencia de la Comuna

JEFFERY WEBBER

¿Desarrollo verde?

JOHN NEWSINGER

El famélico Raj

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

PERRY ANDERSON

Editorial

LA CASA DE SIÓN

DESDE EL CAMBIO de siglo, los países árabes se han convertido en una zona privilegiada para la intervención militar occidental, sin paralelo desde que acabó la Guerra Fría: invasión de Iraq por Estados Unidos, bombardeo por la OTAN de Libia, agentes delegados de Estados Unidos en Siria, asalto del Consejo de Cooperación para los Estados Árabes del Golfo (CCEAG), respaldado por Washington, contra Yemen. ¿Qué queda de su enemigo tradicional? En el momento de la Segunda Intifada, un ensayo en estas páginas analizaba el equilibrio de fuerzas entre los dos nacionalismos, el sionista y el palestino, reflejado en las flagrantes desigualdades de los Acuerdos de Oslo¹. Desde entonces, ¿cuánto ha cambiado la situación? En Cisjordania, muy poco. La Primera Intifada fue la rebelión de una nueva generación de palestinos, cuyos activistas provenían de universidades locales que eran asimismo de reciente creación. Desplazando a los complacientes notables en quienes habían confiado los ocupantes, protagonizaron durante tres años una oleada de manifestaciones populares, huelgas, boicots y castigos a los colaboracionistas. La OLP exiliada en Túnez se vio sorprendida y no desempeñó en ella apenas ningún papel. Expulsada de sus bases en el Líbano y privada de la financiación de Arabia Saudita y Kuwait tras la Guerra del Golfo, la organización fue salvada de su debilidad por los Acuerdos de Oslo, que la devolvieron con gran pompa a los fragmentos todavía no ocupados de su país.

La Autoridad Palestina establecida en 1994, presentada como un hito en la lucha por la liberación nacional, era en el fondo el resultado de una coproducción diseñada por Occidente e Israel, cuya función principal

¹ P. Anderson, «Scurrying towards Bethlehem», *NLR* 10, julio-agosto 2001; ed. cast: «Precipitarse hacia Belén», septiembre-octubre de 2001.

no era encarnar, sino contener, la resistencia frente al sionismo. Para Occidente, aquel residuo de la turbulencia árabe debía amainar después del triunfo de la Operación Tormenta del Desierto para redondear el Nuevo Orden Mundial. Para Israel, la Autoridad Palestina podía actuar como un sustituto rentable del ejército israelí en el bloqueo de las fuentes de la Primera Intifada, que había amenazado con poner en peligro los asentamientos judíos en curso en Cisjordania, cuya expansión requería el entorno más seguro que podía proporcionar un aparato paramilitar autóctono. Desde un principio, la Autoridad Palestina carecía de medios autónomos de subsistencia y entre el 70 y el 80 por 100 de sus ingresos procedían de subvenciones occidentales y transferencias israelíes. Funcionaba como miniatura parasitaria de un Estado rentista, alejada de una población de la que no dependía materialmente y cuyas necesidades podía ignorar. Mucho más importantes eran, inevitablemente, las exigencias de sus patronos.

El régimen de Arafat veía a los líderes de la rebelión como una amenaza potencial, y una vez instalado en Cisjordania se deshizo de ellos. Los notables tradicionales fueron reinstalados en la estructura de poder creada en torno al aparato de Fatah, lanzado en paracaídas desde Túnez y expandido con las ganancias de la colaboración². El año anterior a Oslo, cuando el ejército israelí tenía todavía todo el control militar, la Administración Civil de los Territorios Ocupados contaba con 27.000 funcionarios, casi todos ellos palestinos. A principios de siglo la nómina de la Autoridad Palestina había aumentado a más de 140.000 personas, de las que unos 60.000 componían sus fuerzas de seguridad. Doce aparatos represivos en competencia –gendarmería, policía secreta, guardia presidencial, inteligencia militar, fuerzas especiales, guardacostas y otros– convirtieron a Cisjordania en uno de los territorios más vigilados

² Véanse Glenn Robinson, *Building a Palestinian State: The Incomplete Revolution*, Bloomington e Indianapolis 1997, pp. 174-200; y «The Palestinians», en Mark Gasiorowski (ed.), *The Governments and Politics of the Middle East and North Africa*, Boulder (CO), 2013, pp. 362-363. Robinson, analista de defensa en la Naval Postgraduate School, es una autoridad destacada en su tema. Sin percibir, al parecer, lo perjudicial que podía ser la analogía, otro estudio de la Autoridad Palestina ha comparado la llegada de la comitiva de Arafat a Cisjordania desde Túnez a la instalación del KMT en Taiwán tras su derrota en la guerra civil china, seguida como es sabido por décadas de represión despiadada de la sociedad local: véase Jamil Hilal y Mushtaq Husain Khan, «State Formation under the PNA», en Mushtaq Husain Khan (ed.), *State Formation in Palestine: Visibility and Governance During a Social Transformation*, Londres, 2004, p. 93.

del planeta: un agente por cada dieciséis personas³. Ese hinchado complejo de seguridad, entrenado y equipado por la CIA y Jordania, para el que la tortura es algo habitual, absorbe un tercio del presupuesto, costando más que los gastos en educación y sanidad combinados. Su atención no se dirige a los ocupantes –algo para lo que no están capacitados–, sino hacia sus compatriotas.

La represión se combina con la cooptación. Como en todos los Estados rentistas, el clientelismo –aceptado o negado– es fundamental para el sistema, en particular dentro del aparato de seguridad⁴. Alrededor de una quinta parte de los hogares dependen para su subsistencia de puestos de trabajo o favores distribuidos por el régimen. La corrupción alcanza a todos los escalones de la administración, desde los megafraudes a niveles presidenciales y ministeriales hasta pequeñas extorsiones en la calle. Según estimaciones del FMI, entre 1995 y 2000 cerca de 1.000 millones de dólares fueron a parar a los bolsillos de Arafat y su círculo, con la colusión directa israelí⁵. Se conceden contratos monopolísticos y privilegios comerciales a expatriados, de los que los funcionarios se quedan una parte. Las ONG, alimentadas por fondos extranjeros, se han convertido en cajeros automáticos para sus directivos. La venta de protección y extorsión por parte de bandas de Fatah son algo corriente⁶. La reputación del poder judicial es aún más baja que la de la policía. En sus villas alrededor de Ramala prospera una capa de burócratas y empresarios, enriquecida por el robo o el contrabando (se contrabandea hasta cemento procedente de Egipto para ayudar a construir el Muro de Separación de Israel), sobre un fondo de trabajadores sin dinero y sin empleo, privados desde Oslo de sus antiguas ocupaciones al otro lado de la frontera. En la época de la Segunda Intifada, la renta promedio en

³ Para los detalles: Gal Luft, «The Palestinian Security Services: Between Police and Army», *Middle East Review of International Affairs*, junio de 1999, pp. 47-63; Rex Brynen, «Palestine: Building Neither Peace Nor State», en Charles Call and Vanessa Wyeth (eds.), *Building States to Build Peace*, Boulder (CO), 2008, pp. 228-229; Yezid Sayigh, *Policing the People, Building the State: Authoritarian Transformation in the West Bank and Gaza*, Carnegie Middle East Centre, febrero de 2011, p. 13.

⁴ Sobre la lógica del clientelismo político y los detalles de su funcionamiento, resumido en el amargo epigrama difundido en Gaza «Teníamos Padres Financiadores, no Padres Fundadores», véase Nubar Hovsepián, *Palestinian State Formation: Education and the Construction of National Identity*, Newcastle, 2008, pp. 49-50, 64-83, 189.

⁵ IMF, *West Bank and Gaza: Economic Performance and Reform under Conflict Conditions*, 2003, p. 91.

⁶ Véase Mushtaq Husain Khan (ed.), *State Formation in Palestine*, cit., pp. 98-108, 180-183, 201, 230-232, cuyos colaboradores buscan esperanzadamente brotes verdes de desarrollo económico en esa ciénaga.

los Territorios Ocupados había caído en dos quintas partes, y el número de pobres se había triplicado⁷. El levantamiento de 2001, esta vez con atentados suicidas, fue una explosión de frustración y desesperación por lo que se había establecido so capa de emancipación.

2

En 2002 la Operación Escudo Defensivo mediante la que Israel invadió los Territorios Ocupados erradicó la resistencia en campamentos y poblados, destruyó la infraestructura local y obligó a Arafat a esconderse en su búnker hasta el final de sus días. Las Fuerzas de Seguridad de la Autoridad Palestina apenas se movieron mientras el ejército israelí se abría camino a través de Judea y Samaria. Arafat, incapaz de cumplir o combatir el papel que le había asignado Israel, murió dos años después. Como muchos otros dirigentes convertidos en instrumento del dominio extranjero antes que él, que también habían soñado con utilizar a sus usuarios, acabó siendo arrumbado por ellos⁸. El primer acto de su sucesor fue declarar el final oficial de la Segunda Intifada. En 2005, una vez asegurada Cisjordania, Sharon convirtió a Gaza en una prisión al aire libre mediante la evacuación del minúsculo grupo de colonos judíos y el despliegue de las FDI a su alrededor, en una iniciativa destinada, como explicaba su ayudante Dov Weisglass, a «suministrar la cantidad de formaldehído necesaria para asegurar que no haya ningún otro proceso político con los palestinos» como el establecido por la Hoja de Ruta, el último avatar estadounidense de los Acuerdos de Oslo⁹. Así iba a suceder, efectivamente. Para consternación occidental, cuando se celebraron finalmente elecciones –después de una década– para una asamblea legislativa palestina en 2006, el hedor de la corrupción y la sumisión de Fatah fue demasiado para los votantes. Hamás obtuvo 76 de los 132 escaños, en parte por ser percibido como un adversario más firme frente a Israel, pero sobre todo como un partido más limpio, con un mejor historial de asistencia social a la población. El gobierno formado a continuación sufrió las

⁷ Neve Gordon, *Israel's Occupation*, Berkeley-Los Angeles, 2008, p. 220.

⁸ Ghada Karmi, quien no se distinguía por su hostilidad hacia él, concluía tristemente: «Mostró un afán indecoroso por aceptar todas las migajas que caían de la mesa de Israel», creyendo que «la única manera de lograr los objetivos palestinos consistía en engatusar a su enemigo para que entrara en un proceso que, a su pesar, acabaría por dar lugar a un Estado palestino», y «pagó un alto precio por su ingenuidad»: *Married to Another Man: Israel's Dilemma in Palestine*, Londres, 2007, p. 144.

⁹ *Haaretz*, 8 de octubre de 2004.

sanciones impuestas por Occidente y Mahmud Abás organizó, con el apoyo occidental, un golpe de Estado para restaurar el poder de Fatah. Pero Hamás, sabiendo lo que se le venía encima, golpeó primero, expulsando a Fatah de Gaza en el verano de 2007 y dejando a Abás únicamente el control de Cisjordania. Para ampararlo se celebró en París una Conferencia de Donantes que canalizó un flujo sin precedentes de dinero euroestadounidense hacia Ramala. Aparentemente la farsa del proceso de paz podía continuar, aunque sólo –en ausencia de cualquier Autoridad Palestina con respaldo real en ambos territorios– a efectos de la corrección ideológica en Washington y Bruselas.

Mahmud Abás ha extendido desde entonces su presidencia indefinidamente. Su policía continúa trabajando mano a mano con el Shin Bet para contener los disturbios populares en Cisjordania, en una versión más extrema aún que la de Arafat del sistema *esbirro* [*scurrier*] configurado en Oslo¹⁰. Su gobierno ha hecho todo lo posible, en la forma y en el fondo, para satisfacer los deseos de Estados Unidos. Bajo supervisión estadounidense, la Autoridad Palestina instituyó un sistema electoral de tipo netamente mayoritario concebido para inclinar la representación en favor de Fatah, que acabó convirtiéndose en un bumerán en 2006. En marzo de 2003 se había creado para Abás, a instancias de Estados Unidos, el puesto de primer ministro –Washington, que no confiaba en Arafat, quería ejercer cierta supervisión sobre él–, y cuando ocupó el lugar de este se nombró para ese puesto al candidato del Fondo Monetario Internacional, Salam Fayyad. A petición de Estados Unidos, Abás colaboró en el bloqueo de un informe de la ONU crítico con las acciones de Israel en Gaza. Cuando a Ehud Olmert, responsable del ataque, le fue levantada temporalmente la acusación de corrupción, Abás se apresuró a felicitarle¹¹.

¹⁰ Sobre el origen y uso del término «*scurrier*», acuñado por el poeta sirio Nizar Qabbani tras el apretón de manos Rabin-Arafat sobre el césped de la Casa Blanca, y que desde entonces ha cobrado un uso generalizado en el mundo árabe, véanse Avi Shlaim, *The Iron Wall: Israel and the Arab World*, Nueva York, 2014, pp. 578 y 600, y «A History of Disappointment», *London Review of Books*, 22 de junio de 2000.

¹¹ Impulsado tal vez por una simpatía tanto personal como política: se rumorea que la fortuna de su propia familia ronda las nueve cifras. (El Tribunal Supremo israelí ratificó el 29 de diciembre de 2015 la decisión de un tribunal de distrito de enviar a prisión al antiguo primer ministro Ehud Olmert, aunque redujo su condena de seis años a dieciocho meses tras eximirle del principal delito de soborno [N. del T.]).

Fayyad, instalado ilegalmente como primer ministro y proclamado en Estados Unidos como «la idea más excitante que jamás se haya dado en la gobernanza árabe» (Thomas Friedman *dixit*), aportaba un barniz de desarrollo tecnocrático a la represión intensificada y la colaboración cada vez más descarada con Israel: más de 1.200 operaciones conjuntas tan sólo en 2009¹². Saree Makdisi explica: «Para todos los palestinos, aparte de la pequeña camarilla que se beneficia de ese acuerdo, la imagen de los milicianos y policías de Abás, entrenados por Estados Unidos y armados por Israel, cooperando con las fuerzas israelíes, registrando los campos de refugiados en Cisjordania en busca de posibles núcleos de resistencia a la ocupación –cuando no siguiendo las órdenes directas de los israelíes–, es auténticamente grotesca»¹³. Las drásticas restricciones llevadas a cabo bajo la coraza de la Coordinación Especial de Seguridad estadounidense, encabezada por un general de tres estrellas, contribuyeron a descargar de tareas a las fuerzas del ejército israelí, dejándole manos libres para atacar Gaza. Mientras los compinches de Arafat y Abás como el multimillonario Munib al-Masri –el Carlos Slim de Cisjordania, cuya fortuna se estima en un tercio del PIB palestino–, prosperan, la suerte de los habitantes de Cisjordania bajo la Ocupación, donde el movimiento está controlado por más de quinientos puestos de control en las carreteras y la vida cotidiana está sometida a miles de reglamentos militares, es tan miserable como siempre. Al cabo de una docena de años, la renta per cápita apenas había recuperado su nivel de 1999¹⁴.

En Gaza, entretanto, el Movimiento de Resistencia Islámico Hamás, que Estados Unidos y la Unión Europea han condenado al ostracismo como organización terrorista por negarse a abominar de la resistencia armada y a reconocer a Israel, gobierna una franja costera cuya población, bloqueada y golpeada por las repetidas invasiones, se ha visto abocada a un abismo de miseria. A corto plazo, las represalias masivas de las FDI por

¹² Para los detalles, véase Nathan Thrall, «Our Man in Palestine», *The New York Review of Books*, 14 de octubre de 2010: El jefe de las Fuerzas Nacionales de Seguridad palestinas dijo a los israelíes: «Tenemos un enemigo común», y el jefe de la Inteligencia Militar palestina dijo: «Estamos vigilando todas las instituciones de Hamás de acuerdo con sus instrucciones».

¹³ Saree Makdisi, *Palestine Inside Out: An Everyday Occupation*, Nueva York, 2010, p. 311.

¹⁴ «En gran parte resultado de la reutilización de la ayuda externa más que del desarrollo de una capacidad productiva real»: Economist Intelligence Unit Report, *Palestinian Territories*, 25 de abril de 2015, p. 13.

los fútiles ataques con cohetes contra Israel –no todos suyos– dejan a Hamás prácticamente indemne, elevando su prestigio patriótico. Pero al degradar su capacidad para mantener la vida de la población a niveles soportables, cada invasión ha ocasionado un control político más rígido para compensar un apoyo popular más débil, llevando a Hamás a prácticas semejantes a las de Fatah¹⁵. Sobre el enclave en su conjunto, vigilándolo por aire, mar y tierra y controlando su suministro de agua, combustible y electricidad, Israel mantiene su dominio sin ocupación. Una vez que la dictadura de Sisi cerró los túneles al Sinaí, que constituían su única salida al mundo, Hamás se vio arrinconado. Para entonces también su dirección en el exterior, reubicada de Siria a Qatar, iba aceptando el ajuste a los parámetros occidentales para Palestina, que hasta ahora siempre había rechazado. Con esto quedaba abierta la vía para una reunificación nominal del movimiento nacional en un pacto que permitió a Fatah formar un gobierno teóricamente a cargo de ambos territorios, a cambio de la entrega de fondos para pagar los sueldos de 40.000 funcionarios de Hamás en Gaza y la promesa de elecciones comunes para una nueva legislatura¹⁶. Hasta la fecha ni una ni otra cosa se han materializado y Hamás permanece bajo el embargo occidental.

4

Mientras tanto, Sión se ha expandido de manera constante. En vísperas de los Acuerdos de Oslo en 1991 había alrededor de 95.000 colonos judíos en Cisjordania. Veinte años más tarde eran 350.000. Cinco años después de que Israel conquistara Jerusalén Este, su población judía era sólo de 9.000 personas; hoy en día son más de 150.000, quizá 200.000¹⁷. En total, más de medio millón de judíos viven ahora en los Territorios Ocupados. Su implantación ha sido una empresa deliberada y sostenida del Estado, que ha organizado, financiado y protegido el flujo

¹⁵ Para una sobria evaluación, véase Yezid Sayigh, «*We Serve the People*»: *Hamas Policing in Gaza*, Brandeis University, Crown Centre for Middle East Studies, Paper núm. 5, abril de 2011, pp. 106-117.

¹⁶ Un análisis leal con la AP de los fundamentos y resultados del pacto puede consultarse en Hussein Ibish, «Indispensable but Elusive: Palestinian National Reunification», *Middle East Policy*, otoño de 2014, pp. 31-46; para una corrección de esa visión, véase Nathan Thrall, «Hamás's Chances», *London Review of Books*, 21 de agosto de 2014.

¹⁷ Colin Shindler, *A History of Modern Israel*, Cambridge, 2013, p. 393.

de los asentamientos con alrededor de 28 millardos de dólares¹⁸. Desde Oslo, su tasa de crecimiento ha sido más del doble de la correspondiente a la población total de Israel. Contrariamente a lo que se suele creer, los Acuerdos de Oslo no los prohibían; son aspectos perfectamente legales del proceso de paz, de cuya naturaleza, desde el principio, constituyen la mejor ilustración.

En cuanto a su diseño, Jerusalén Este y Cisjordania constituyen dos planes distintos de colonización. Israel se anexionó la primera en 1967, declarándola su capital de allí en adelante como ciudad indivisa. Mayor prioridad significaba mayor densidad. Los palestinos de Jerusalén Este ahora están rodeados por una cenefa de barrios judíos que los separa de Cisjordania. Desde 2014 una Ley Fundamental requiere dos tercios de la Knéset para aprobar cualquier cesión de terrenos por parte de Israel, o que un referéndum celebrado allí alcance esa mayoría, con lo que se atornilla doblemente la anexión de Jerusalén Este. En Cisjordania, donde las proporciones son menos favorables, la prioridad es el control estratégico más que la extensión territorial. Allí los asentamientos, aunque sólo cubren el 5 por 100 del territorio de «Judea y Samaria», ejercen la autoridad municipal sobre dos quintas partes del mismo; ligados por una red de carreteras que conectan las ciudades israelíes y dividen a la población palestina, disfrutan de desgravaciones fiscales y de subsidios especiales a la vivienda, así como de la asignación preferente de agua¹⁹. La protección militar corre a cargo del ejército israelí, que sigue administrando directamente el 60 por 100 de Cisjordania, mientras que un Muro de Separación aísla de Israel a gran parte del resto²⁰. Desde su construcción, el número de incursiones suicidas desde Cisjordania ha caído en picado. A medida que se aproxima el quincuagésimo aniversario de la ocupación, un período de tiempo mayor que el doble de la existencia previa del Estado judío, la palabra «asentamiento» va cobrando otro significado.

¹⁸ Paul Rivlin, *The Israeli Economy from the Foundation of the State through the 21st Century*, Cambridge, 2011, p. 149.

¹⁹ Bernard Wasserstein, *Israelis and Palestinians: Why Do They Fight? Can They Stop?*, New Haven, 2008, p. 92.

²⁰ Para un análisis del Muro y del «Perímetro de Seguridad» que encierra al Valle del Jordán, véase la contribución de Jan de Jong en Mahdi Abdul Hadi (ed.), *Palestinian-Israeli Impasse: Exploring Alternative Solutions to the Palestine-Israel Conflict*, Jerusalén, 2005, pp. 329-333.

En el nuevo siglo, Israel ha prosperado. La inyección de un millón de inmigrantes procedentes de la antigua Unión Soviética, con niveles de educación y habilidades muy por encima de los que podían exhibir los ashkenazi llegados al principio de la posguerra –la mitad de ellos son profesionales: maestros, médicos, científicos, músicos, periodistas²¹– ha revitalizado la economía. Desde el aplastamiento de la segunda Intifada, ésta ha mostrado repetidamente tasas de crecimiento más altas que las de la OCDE. Después de la expansión sostenida más larga en la historia del país, de 2003 a 2007, Israel resistió la crisis financiera de 2008 mejor que cualquiera de las economías de Europa Occidental y América del Norte, y ha seguido superándolas desde entonces. Con la proporción más alta del mundo de científicos e ingenieros, el doble que en Estados Unidos o Japón²², Israel es ahora el cuarto mayor exportador de armas de alta tecnología y está a la vanguardia en drones y vigilancia. Su sector de las tecnologías de la información y la comunicación, con las armas y productos farmacéuticos no muy atrás, encabeza el impulso exportador que –junto con el floreciente turismo– le ha ayudado a mantener un superávit por cuenta corriente. El país no tiene deuda externa, ya que durante más de una década ha disfrutado de un superávit neto de activos en el extranjero. Junto con un *boom* doméstico en el sector inmobiliario, la construcción y el comercio minorista han recibido una creciente ola de inversiones extranjeras, principalmente estadounidenses, que le han aportado entre otras muchas cosas las primeras operaciones de I+D llevadas a cabo en el extranjero por Intel y Microsoft²³. Abundan los fondos de capital riesgo, de *private equity*, y los *hedge funds*. Elevando aún más los espíritus animales de las empresas, una bonanza energética alimenta oportunidades de futuro en la extracción de gas en alta mar. Aunque la resistencia de los ecologistas ha bloqueado hasta ahora la extracción de petróleo de esquisto, el país cuenta con abundantes reservas que podrían convertirlo también en un exportador de petróleo. Estadísticamente, con una renta per cápita de 37.000 dólares en 2014, Israel es ahora más rico que Italia o España.

²¹ Howard Sachar, *A History of Israel from the Rise of Zionism to Our Time*, Nueva York, 2007, p. 1081.

²² Economist Intelligence Unit, *Country Profile 2008: Israel*, p. 12.

²³ Para las cifras, véase P. Rivlin, *The Israeli Economy*, cit., pp. 88-93.

Socialmente, ese éxito es más desigual que nunca, ya que se ha intensificado el giro neoliberal radical de la década de 1980, del que el Plan de Estabilización de 1985 fue un punto de referencia. En el paquete presupuestario de 2003 la coalición Likud-Laborista redujo los impuestos empresariales, despidió empleados públicos, recortó las prestaciones sociales y salarios del sector público, privatizó empresas estatales y desreguló los mercados financieros. Dos años más tarde se nombró para dirigir el Banco de Israel a Stanley Fischer –asesor estadounidense de la terapia de choque de 1985, Director Adjunto del FMI y actual vicepresidente de la Reserva Federal–, convirtiéndolo en un símbolo internacional de la disciplina económica. Entre 1984 y 2008 el gasto público se redujo, como proporción del PIB, un 40 por 100, mientras que el salario medio se estancó en el rango inferior de los países de la OCDE²⁴. Las cotizaciones bursátiles y los costes de vivienda se dispararon, mientras que el gasto en sanidad disminuyó y una quinta parte de la población cayó por debajo del umbral de la pobreza. Además, bajo el brillo de la alta tecnología de nueva creación y el récord de exportaciones, no todo va bien en los sectores más tradicionales de la economía, donde se encuentran más de la mitad de todos los puestos de trabajo y la productividad sigue siendo baja. Ahí, tras la Segunda Intifada, la mano de obra barata de los Territorios Ocupados ha sido sustituida por trabajadores inmigrantes, legales e ilegales, procedentes de Tailandia, Rumania, China, Filipinas y otros lugares, normalmente superexplotados en una economía sumergida con un tamaño alrededor del doble del que tiene en otros países avanzados, mientras que entre los ciudadanos árabes de segunda clase de Israel –alrededor del 20 por 100 de la población– el desempleo es endémicamente alto²⁵. En el otro polo de este modelo de crecimiento, la riqueza está fabulosamente concentrada en un puñado de magnates *nouveaux riches*, mientras los diez mayores conglomerados

²⁴ *Ibid.*, p. 61; «The Next Generation: A Special Report on Israel», *The Economist*, 5 de abril de 2008, p. 8; Taub Centre, *State of the Nation Report 2014: Society, Economy and Policy in Israel*, pp. 194-195.

²⁵ Sobre la opción por la mano de obra inmigrante, véase Gershon Shafir y Yoav Peled, *Being Israeli: The Dynamics of Multiple Citizenship*, Cambridge, 2002, pp. 323-329. Según Adriana Kemp y Rebeca Raijman, «Israel se sitúa entre los países más dependientes de la mano de obra extranjera»: véase su «Bringing in State Regulations, Private Brokers and Local Employers: A Meso-Level Analysis of Labour Trafficking in Israel», *International Migration Review*, otoño de 2014, pp. 604-642. Desde la década de 1990, la situación de pobreza de la población árabe ha afectado a la mitad de las familias: Ilan Peleg y Dov Waxman, *Israel's Palestinians: The Conflict Within*, Cambridge, 2011, p. 35.

israelíes controlan un tercio del mercado de valores, proporción que ninguna bolsa occidental puede igualar.

6

Políticamente, el ala revisionista del sionismo que rompió por primera vez la firme sujeción del poder por los laboristas a finales de la década de 1970, ha consolidado su hegemonía. Aunque la oposición frontal entre los dos campos, aliados con frecuencia en el gobierno, ha sido poco habitual, es bastante evidente un cambio profundo en el equilibrio de fuerzas que cada uno de ellos puede movilizar. En las cuatro décadas transcurridas desde que Menájem Beguín llegó al puesto de primer ministro en 1977, el Likud ha gobernado durante más de dieciocho años, las coaliciones entre ambos encabezadas por el Likud o tránsfugas de él durante doce, y los laboristas durante seis. En todo este período Benjamín Netanyahu, el actual primer ministro del Likud, es el único político que ha ganado tres elecciones sucesivas, y si completa su actual mandato, sólo le habrá superado por un año David Ben-Gurión como primer ministro de Israel. Su ascenso es, sin embargo, más un efecto del derrumbe laborista que de sus propios méritos. Se trata del líder más americanizado en la historia del país y personifica el giro neoliberal como autor del paquete de 2003, pudiendo reclamar el crédito por sus recientes éxitos económicos. Pero éstos han conllevado también un descontento social generalizado, con manifestaciones de la clase media contra el coste de la vivienda y las disparidades de riqueza, de modo que resulta un activo ambiguo. Más importante ha sido su postura más rígida en cuestiones de seguridad, producto de la mayor coherencia de una perspectiva revisionista. En cualquier contienda electoral ésta suele ser el ámbito más sensible, en la que la voluntad política puede vencer a los recelos económicos. Ahí los laboristas, oscilando entre la imitación y la evasión bajo una sucesión de líderes ineficaces, han sido regularmente derrotados por Netanyahu como garantía de severidad. Por último, pero no menos importante, el Likud ha conseguido con frecuencia incorporar a los partidos religiosos a sus gabinetes, lo que es también una consecuencia lógica de su versión del sionismo: sin antiguas reliquias socialistas en el ático, resulta más *désinvolte* en el manejo pragmático de la religión con fines políticos.

En Israel, la estabilidad del sistema político siempre ha pivotado sobre la codependencia entre sionismo y judaísmo. En la cotidianidad, la consecuencia cultural es la simbiosis paradójica entre un clericalismo trasnochado y un secularismo relajado: los privilegios y tabúes ortodoxos conviven con una sociedad civil tan desinhibida como cualquier sociedad nórdica totalmente permisiva, sin ningún conflicto verdaderamente serio entre ellos. Históricamente, las condiciones de esa paradoja han sido dobles: en negativo, la ausencia de críticas del judaísmo comparables a la demolición del cristianismo por la Ilustración radical, una vez que cayeron las barreras en torno al gueto, cuando mentes judías emancipadas solían incorporarse a los debates seculares en el mundo todavía cristiano haciendo caso omiso de su propia religión²⁶; y en positivo, la necesidad del sionismo secular de un señuelo religioso con el que unificar a un pueblo carente de los lazos comunes de la lengua o la geografía, y capaz de proporcionar una base teológica a sus reclamaciones de la Tierra Prometida. El subsiguiente híbrido clerico-secular –sobredeterminado por los rasgos generales de cualquier sociedad de frontera y de múltiples orígenes raciales y culturales, siempre susceptible de generar un machismo filisteo y una cultura popular del mínimo común denominador– puede haber sido letal para la vida intelectual, aunque las vastas reservas críticas del pasado judío en Europa nunca fueran totalmente neutralizadas. Pero ha servido para estabilizar la vida política, soldándola en formas aparentemente quebradizas pero sustancialmente fijas.

Tal estabilidad tiene, por supuesto, su fuente más profunda en la continua disposición a la *union sacrée* contra el peligro exterior. Nada une más sólidamente a una comunidad que el miedo a perder lo que se ha hecho o lo que ha tomado. El mundo árabe, por domesticado que esté, tiene todavía que reconocer las conquistas de 1948 y 1967, y la cólera palestina, por impotente que sea, no se ha apagado del todo. Comparadas con las posibles represalias de esa colectividad, las aficciones internas tienen menos relevancia. En tales condiciones, la corrupción generalizada de la vida pública, mayor incluso que los ya altos niveles de la Unión Europea o de Estados Unidos, suscita más indiferencia que indignación. Abundante en el mundo empresarial, cuyos multimillonarios pueden equipararse sin desdoro a los oligarcas rusos, se extiende a lo largo de todo el espectro político. Sucesivos escándalos financieros o sexuales han afectado a prácticamente todas las figuras destacadas de la escena

²⁶ Israel Shahak fue en su momento una notable excepción: véase *Jewish History, Jewish Religion: The Weight of Three Thousand Years*, Londres, 2008, *passim*.

pública, desde Rabin, Peres, Sharon, Netanyahu o Ramon hasta los últimos casos de Olmert y Katsav: un primer ministro condenado por soborno y un presidente por violación²⁷. El desprecio generalizado hacia la clase política actual no representa, sin embargo, una amenaza para la misma. Cabría pensar que un sistema político que ha perdido hasta tal punto el respeto popular está maduro para un cambio, pero los imperativos de la seguridad garantizan que ninguna perspectiva desviada tenga espacio electoral, por lo que no está en riesgo. Dado que prácticamente todos están de acuerdo en los sufrimientos y los derechos de los judíos, los votantes pueden darse el lujo de despreciar las pequeñas fechorías de sus gobernantes, cuya totalidad sigue en cualquier caso los mismos cánones políticos. Puede que no haya otra cultura política que combine un cinismo tan desdeñoso con semejante conformismo reflejo.

7

Durante el mismo período, las alteraciones en la configuración internacional han sido menos favorables para Israel. En Estados Unidos ha disminuido el tabú, todavía poderoso hacia el cambio de siglo, en la crítica hacia el Estado judío o cualquier alusión al poder del *lobby* sionista en Washington²⁸. La aparición en 2006 del primer estudio crítico a fondo de este último, por John Mearsheimer y Stephen Walt, fue un punto de inflexión. Dentro de la propia comunidad judía se han abierto divisiones entre los liberales más inclinados hacia el laborismo en J-Street, un

²⁷ Para una elocuente expresión del rechazo a la actual clase política, véase Bernard Wasserstein, «Israel in Winter», *The National Interest*, marzo-abril de 2015, pp. 48-56.

²⁸ En 2006 un estudio importante podía todavía considerar «absolutamente increíble» que los judíos estadounidenses, una minoría de tan sólo seis millones de personas, pudiera determinar la política de una nación de doscientos ochenta millones, subrayando que la relación especial entre los dos países —rasgos característicos compartidos: «transparencia, informalidad, generalidad, reciprocidad, exclusividad, fiabilidad y durabilidad»— se basa en los valores de una cultura política democrática común: Elizabeth Stephens, *US Policy Towards Israel*, Brighton, 2006, pp. 7-8, 253, 255-256. La ingenuidad de tales relaciones aritméticas pronto se disipó, y no sólo entre las filas de la propia comunidad local. Como señalaba el lealista Peter Beinart: «En las últimas dos décadas ha habido judíos ocupando los puestos de secretario de Estado, secretario del Tesoro, consejero de Seguridad Nacional, líder de la mayoría de la Cámara y jefe de Gabinete de la Casa Blanca, así como las presidencias de Harvard, Yale y Princeton. De los últimos seis directores de *The New York Times*, cuatro eran judíos. En el Tribunal Supremo, los judíos superan actualmente en número a los protestantes por tres a cero»; y agregaba: «En privado, los judíos estadounidenses nos deleitamos en el poder judío. Pero públicamente evitamos hablar de ello por temor a alimentar mitos antisemitas», *The Crisis of Zionism*, Nueva York, 2012, p. 5.

grupo de presión proisraelí, y conservadores admiradores del Likud en el AIPAC [American Israel Public Affairs Committee], que aún sigue siendo de lejos la organización más poderosa. En la generación más joven de los judíos estadounidenses, como entre sus contemporáneos en general, las creencias religiosas han disminuido, aunque el debilitamiento del fervor por Israel parece haber inducido una creciente indiferencia más que ansiedad o indignación por lo que sucede en la Tierra Prometida²⁹. Tales cambios en el sentimiento judío se reflejan en espasmos de inquietud en la opinión dominante, donde el cuestionamiento esporádico de acciones particulares de Tel Aviv, aunque siempre elusivo, se ha hecho más aceptable en los medios de comunicación.

En el ámbito diplomático, la Casa Blanca sigue oficialmente comprometida desde los Acuerdos de Oslo con la creación de algún tipo de Estado palestino, reprochando ante los medios la expansión de los asentamientos en Cisjordania, al tiempo que bloquea cualquier crítica hacia su aliado en la ONU. El gobierno de Obama no ha realizado ningún cambio sustantivo en ese aspecto, aparte de ocasionales ajustes retóricos. Pero por primera vez desde 1956 se ha producido un choque político serio entre Estados Unidos e Israel, no con respecto a Palestina, sino a Irán. Ambas potencias están decididas a impedir que Teherán adquiera cualquier capacidad que ponga fin al monopolio israelí sobre las armas nucleares en la región. A instancias de Estados Unidos, en 2006 la ONU impuso severas sanciones a Irán para obligarle a abandonar cualquier pretensión en ese sentido, y bajo su presión Teherán seguía demandando en 2014 condiciones para que se levantasen. Los regímenes estadounidense e israelí discreparon en la primavera de 2015 sobre los perfiles de un acuerdo alcanzado con Washington y ratificado por Londres, Berlín, París, Moscú y Pekín. Obama insistió en que las sanciones habían tenido efecto, llevando al poder en Teherán a un gobierno dispuesto a dismantelar su supuesta capacidad de disuasión, mientras que Netanyahu cuestionó el alcance de su rendición, exigiendo que las sanciones acabaran con las pretensiones iraníes de forma más incondicional e irrevocable, en una disputa inflamada por la intervención de cada uno de ellos en la política interna del otro; Netanyahu instó a un Congreso controlado por los republicanos a desafiar al presidente demócrata, y Obama dejó claro su deseo de librarse de Netanyahu y lamentó su reelección.

²⁹ Véase la argumentación y queja de Peter Beinart en *The Crisis of Zionism*, cit., pp. 169-172.

En este conflicto, a no ser que un levantamiento interno trastoque a su interlocutor iraní, es evidente que prevalecerá Estados Unidos. Las aprensiones del Likud no bastan para degradar los intereses superiores de la reintegración de la República Islámica al redil de la comunidad internacional, tal como la entiende y lidera Estados Unidos. Tel Aviv quiere adaptarse a los cambios, y la querrela pasará. Pero la disputa ha debilitado la conexión política entre los dos Estados en aspectos que probablemente persistirán, aun cuando permanezca la firme base económica y militar de su relación especial. Estados Unidos no sólo suministra oficialmente a Israel 3 millardos de dólares al año –en realidad, tal vez más de 4 millardos– en diversas formas de ayuda, además de muchos privilegios financieros muy lucrativos, reservados sólo para él³⁰. Desde 2008 debe, por imperativo legal, proporcionar a Israel una «ventaja militar cualitativa» sobre todas las demás fuerzas, reales o potenciales, en Oriente Próximo. En el otoño de 2011 el subsecretario de Estado para Asuntos Políticos y Militares explicó la importancia vital de esa «ventaja militar cualitativa» y el compromiso del gobierno actual no sólo de mantenerla sino de mejorarla³¹.

8

La garantía en el campo de batalla es automática e intocable, pero la libertad de Israel para hacer lo que le venga en gana en Cisjordania es otro asunto. El malestar con respecto al *statu quo* ha aumentado a ambos lados del Atlántico, aunque no en la misma medida. Las capitales europeas se enfrentan a un conjunto de restricciones diferentes de las de Washington. Para los gobiernos de la UE, la solidaridad diplomática general con Estados Unidos es una condición *sine qua non* de una política

³⁰ Sobre el monto total de la asistencia estadounidense directa e indirecta a Israel, a fecha de 2007, véase Mearsheimer y Walt, *The Israel Lobby and US Foreign Policy*, Nueva York, 2007, pp. 26-32.

³¹ «La piedra angular del compromiso de seguridad de Estados Unidos con Israel ha sido la garantía de que Estados Unidos ayudaría a Israel a mantener su ventaja militar cualitativa. Se trata de la capacidad de Israel para contrarrestar y vencer las amenazas militares creíbles de cualquier Estado individual, coalición de Estados o agente no estatal, sufriendo un mínimo de daños o bajas», explicaba el subsecretario. «El gobierno de Obama se enorgullece de mantener el legado de una robusta asistencia estadounidense para la seguridad de Israel. De hecho, estamos elevando ese legado a nuevas cotas en momentos en que Israel necesita nuestro apoyo para hacer frente a las amenazas multifacéticas que enfrenta». Palabras de Andrew Shapiro en el Washington Institute for Near East Policy, 4 de noviembre de 2011.

exterior responsable, y el sentimiento de culpa europeo por el judeicidio asegura el compromiso ideológico con Israel. Pero la ausencia en cualquier país de Europa de una comunidad judía con un poder político, cultural y económico comparable a la de Estados Unidos, y la presencia de un número mucho mayor de inmigrantes de origen árabe y musulmán, constituyen un marco para las consideraciones relativas a Oriente Próximo distinto de los cálculos que se hacen en Estados Unidos.

Entre la clase política europea el abrazo a Israel puede ser tan estrecho como en Estados Unidos, hasta el punto de tratar al país como miembro honorario de la UE o incluso invitarlo para admitirlo directamente en ella. Javier Solana, Alto Representante para la Política Exterior y de Seguridad Común, podía decir a *Haaretz*: «No hay ningún otro país fuera del continente europeo que tenga el tipo de relación que tiene Israel con la Unión Europea. Israel, permítaseme decirlo, es miembro de la Unión Europea sin ser miembro de sus instituciones». Para el portavoz de Asuntos Exteriores del SPD, el *de facto* debería convertirse en *de jure*: «Realmente me gustaría que Israel se convirtiera en miembro de pleno derecho de la Unión Europea». Esas voces españolas y alemanas del centro-izquierda se ven amplificadas desde el centroderecha italiano. Berlusconi, entonces primer ministro, urgía la misma causa: «Italia apoyará la pertenencia de Israel a la UE». Por su parte Tzipi Livni, entonces ministra israelí de Relaciones Exteriores, podía exclamar con respecto a la inclusión progresiva de su país en el proyecto europeo: «El cielo es el único límite»³². Expectativas de ese tipo no son, en principio, desmesuradas. En sus relaciones con Turquía y Chipre, Bruselas se ha tomado con calma la ocupación militar y la limpieza étnica: ¿por qué discutir por Cisjordania o Gaza? Lo que defiende la Unión son los derechos humanos, no antiguos agravios.

Pero aunque la UE seguiría siendo fiel a sí misma si invitara a Israel a incorporarse formalmente a la Unión, no hay posibilidad de que lo haga. La opinión pública puede dejarse de lado cuando está en juego

³² Sobre esos pronunciamientos, véanse David Cronin, *Europe's Alliance with Israel: Aiding the Occupation*, Londres, 2011, p. 2; Sharon Pardo y Joel Peters, *Uneasy Neighbours: Israel and the European Union*, Lanham, 2010, pp. 75, 69. En mayo de ese año, un autodenominado «Grupo Europeo de Personas Eminentes» [*sic*], integrado por notables variados todos ellos ahora cómodamente retirados, expresaron su indignación por la reelección de Netanyahu, pidiendo medidas firmes contra Israel que nunca habían mencionado mientras ocupaban su cargo. Como era de esperar, Solana estaba entre ellos.

la disciplina económica: la austeridad no tolera urnas. Pero Palestina es otro asunto, a la vez mucho menos importante y más inflamable. No sólo es que la clase política tenga razones para preocuparse por la eventual reacción de sus inmigrantes frente a las extorsiones diarias por parte de Israel, sino que también los electores y los medios de comunicación se muestran cada vez más críticas hacia ellas. La Operación Escudo Defensivo (Cisjordania 2002), la Operación Plomo Fundido (Gaza 2008-2009) y la Operación Margen Protector (Gaza 2014) han marcado las etapas de un cambio en el sentimiento popular. Por un amplio margen, han llegado a predominar el disgusto y la repulsión. Incluso antes de la Operación Margen Protector, las encuestas de la BBC en 2012 mostraban que en Francia mantenía opiniones negativas hacia Israel un 65 por 100 de la población, en Gran Bretaña un 68 por 100, en Alemania el 69 por 100 y en España el 74 por 100. Después de ella, dos tercios de los encuestados británicos consideraban a Israel culpable de crímenes de guerra en Gaza. En el *establishment*, tales actitudes tienen no obstante poco eco. Ni un solo gobierno de los países europeos importantes estuvo dispuesto a respaldar el informe de la ONU sobre la Operación Plomo Fundido. Alemania, Italia, Países Bajos, Polonia, Hungría, República Checa y Eslovaquia votaron junto a Estados Unidos para rechazarlo; Francia, Gran Bretaña, Italia, España, Suecia, Dinamarca y Finlandia se abstuvieron. Sin embargo, la brecha entre los gobernantes y la opinión pública puede resultar difícil de mantener.

9

Para ser políticamente eficaces, en cualquier caso, la opinión tiene que estar organizada. Ahí se abre una segunda brecha. La única campaña contra el *statu quo* con un posible efecto real es el movimiento Boicot, Desinversión, Sanciones (BDS) lanzado desde Palestina en 2005. Inspirado en el ejemplo de Sudáfrica, su objetivo ha sido obligar a las empresas, las universidades y otras instituciones a poner a Israel en cuarentena económica mientras siga manteniendo en su poder los Territorios Ocupados y niegue a todos sus ciudadanos los mismos derechos. Después de una década de acciones, sin embargo, su impacto real ha sido prácticamente nulo. Esto se debe en parte a que, por razones obvias –la cultura es teóricamente más sensible a los llamamientos éticos que el capital–, sus objetivos preferidos son las universidades, pero sólo en Estados Unidos tienen éstas grandes inversiones en la economía

israelí; en Europa suelen estar financiadas por el Estado. Entre los jóvenes estadounidenses ha aumentado también el desencanto hacia Israel –más de la mitad de los menores de 30 años reprueban los últimos bombardeos en Gaza– y los activistas de BDS han luchado valientemente por la desinversión en sus campus. Hasta el momento sólo una pequeña universidad de Nueva Inglaterra ha hecho algún gesto hacia ellos. En Europa el boicot –principalmente académico– ha tenido mayor alcance, pero no ha llegado mucho más allá de un par de resoluciones puramente simbólicas.

Pero a pesar de que hasta ahora haya sido materialmente poco eficaz, las perspectivas del BDS son temidas por Israel y sus protectores europeos. Bruselas ha tratado de cubrirse las espaldas con condiciones –naturalmente, «no vinculantes»– de que los productos de los Territorios Ocupados vayan etiquetados como tales. Alemania se ha opuesto a esa medida, y todavía está por ratificar. El Parlamento de Estrasburgo y varios nacionales se han mostrado «en principio» favorables a reconocer la Autoridad espectral de Abás como un Estado palestino; sólo Suecia lo ha hecho realmente. Como la defensa de Israel suceda lo que suceda parece cada vez más difícil, la UE ha instado a Tel Aviv más enérgicamente que Estados Unidos para que ponga en práctica la Hoja de Ruta, para evitar la vergüenza institucional. Aunque tales desviaciones de la tradición han sido hasta ahora leves y renuentes, en Israel no se subestiman los peligros de un estado de ánimo emergente en Europa menos favorable al sionismo. El BDS puede contar con pocas victorias en su haber en la angloesfera, pero en Israel cunde el temor a que haya dado en el blanco. En 2011 la Knéset aprobó una ley que castiga a quien llame a un boicot con la retirada de subsidios estatales. La mayoría en favor de esa decisión fue estrecha, pero la ansiedad que traslucía es más amplia. En el lenguaje alarmista que prevalece entre los círculos dirigentes del país, ¿podría estar perdiendo Israel su legitimidad en el extranjero? Contra ese riesgo deben redoblar las salvaguardias. El título de un estudio efectuado por un importante *think-tank* al respecto es revelador: *Building a Political Firewall against Israel's Delegitimation*³³.

³³ Véase Noura Erakat, «BDS in the USA, 2001-2010», en Audrea Lim (ed.), *The Case for Sanctions*, Londres-Nueva York, 2012, pp. 95-97.

IO

Diplomáticamente, el potencial para nuevas discordias es claro. Mientras el Likud se mantenga al mando, Israel contará con menos apoyos que en el pasado. Sin embargo, como compensación de esta disminución del apoyo occidental –en particular en Europa, y en menor medida en Estados Unidos–, la posición de Israel en Oriente Próximo se ha fortalecido gracias a dos cambios. Por un lado, el rápido crecimiento económico implica que el Estado israelí es ahora mucho más autosuficiente que en el pasado. Desde 2007 la ayuda no militar de Washington ha desaparecido. Aunque los gastos de defensa rondan el 7 por 100 del PIB, muy por encima del nivel estadounidense, Israel goza de un superávit por cuenta corriente que Washington sólo puede envidiar. Junto con esa mayor capacidad para resistir presiones económicas se ha producido una disminución de las presiones estratégicas. El balance de la ocupación estadounidense de Iraq y las consecuencias de la primavera árabe le dan una posición más fuerte que en cualquier otro momento desde la Guerra de los Seis Días. En Egipto la dictadura de Sisi es un aliado más estrecho incluso que el régimen de Mubarak, habiendo cerrado Gaza más herméticamente como complemento de la represión de los Hermanos Musulmanes. Jordania sigue siendo un aliado firme, al margen de la agitación interna. El sur del Líbano es patrullado por tropas de la ONU –comandantes: francés, italiano, español–, proporcionándole un *glacis* contra los ataques de Hezbolá. En Siria el régimen de Assad, el adversario más irreconciliable de Israel, es una sombra de lo que fue, desgarrado por levantamientos armados financiados por agentes delegados estadounidenses. Más lejos, el Estado kurdo no proclamado en el norte de Iraq es un aliado que recibe cordialmente a los agentes de inteligencia, asesores militares y mediadores empresariales israelíes. En toda la región el conflicto que se libra entre las fuerzas chiíes y suníes, que permite a Estados Unidos enfrentar a unas contra otras como en la ruptura chino-soviética durante la Guerra Fría, divide y distrae a los fieles, eliminando cualquier posibilidad de un frente concertado contra el que antes era comúnmente estigmatizado como un nuevo Estado cruzado. Irán sigue siendo un fantasma lejano; pero frente a ese enemigo común, Arabia Saudí e Israel se entienden cada vez mejor: el enemigo lejano ofrece al sionismo otro amigo cercano. La escena de Oriente Próximo podría, por supuesto, cambiar de manera inesperada. Pero por el momento, Israel rara vez ha estado más seguro.

II

Desde un principio, nadie vio más claramente que Edward Said la naturaleza de los Acuerdos de Oslo. Antes de su muerte empezó a hablar de un Estado binacional, no como programa, sino como una idea reguladora, la única perspectiva a largo plazo para la paz en Palestina, por utópica que pueda parecer a corto plazo. En la década y media que ha transcurrido desde entonces, el número de voces que respaldan la misma propuesta, con mayor amplitud y mucha mayor especificación, se ha multiplicado. Lo que durante el período de entreguerras fue una línea de pensamiento minoritaria en el Yishuv, la comunidad de la población judía presente en Palestina antes de la formación del Estado de Israel extinguida en 1948, se ha convertido en una corriente significativa en la opinión palestina, con algunos ecos en Israel. La expansión de los asentamientos en Cisjordania y Jerusalén Este, la construcción del Muro de Separación, el aislamiento de Gaza, la escisión entre Fatah y Hamás y la futilidad de la representación árabe dentro de Israel, han restado credibilidad a la Hoja de Ruta. Pocos meses después de la Segunda Intifada, a principios de diciembre de 2001, apareció la primera argumentación incisiva de un palestino en favor de una solución de un solo Estado en el artículo de Lama Abu Odeh en la *Boston Review*, en lo que hasta hoy es uno de los más lúcidos y elocuentes análisis del caso. En el verano de 2002 le siguió una pieza de gran alcance y más deliberadamente política de Ghada Karmi en el diario libanés *Al-Adab*. Tres años después vino la primera defensa en forma de libro, *The One-State Solution*, de la estadounidense Virginia Tilley, más tarde desarrollada en una réplica eficaz a una crítica de izquierdas desde Israel³⁴.

A partir de entonces los diques se abrieron. En 2006 apareció *One Country*, del palestino-estadounidense Ali Abunimah, el libro más cercano en la elegancia de su estilo y la inspiración de su perspectiva a

³⁴ Véanse Yoav Peled, «Zionist Realities» y Virginia Tilley, «The Secular Solution», *NLR* 38, marzo-abril de 2006, pp. 21-57 [ed. cast.: «Realidades sionistas» y «La solución laica para Palestina e Israel», mayo-junio de 2006, pp. 19-52]. En 2003 Tony Judt había provocado un gran revuelo en los círculos judíos estadounidenses al renunciar a su pasado sionista para defender un futuro binacional en Palestina, sin dar detalles, ya que «la solución justa y posible» de devolver el 22 por 100 del país a los palestinos, menos unos pocos asentamientos –antes había defendido con entusiasmo los Acuerdos de Oslo– había dejado lamentablemente de ser viable: «Israel: The Alternative», *The New York Review of Books*, 2 de noviembre de 2003. Percibiendo tal vez la debilidad de esa contribución, Judt no insistió en ella, omitiendo el artículo en los ensayos que recopiló en *Reappraisals* cinco años después.

la obra del propio Said. En 2007 Joel Kovel publicó un virulento ataque a las convenciones del nacionalismo judío en *Overcoming Zionism: Creating a Single Democratic State in Israel/Palestine*. En 2008 Saree Makdisi, sobrino de Said, produjo el que sigue siendo el informe mejor documentado y más conmovedor sobre la situación de los Territorios Ocupados, *Palestine Inside Out*, que concluye con su propia defensa de un solo Estado. En 2012 dos obras de autores israelíes y una tercera con autores israelíes y palestinos aparecieron con pocos meses de diferencia: *The One-State Condition* de Ariella Azoulay y Adi Ophir, *Beyond the Two-State Solution* de Yehouda Shenhav y *After Zionism: One State for Israel and Palestine*, editado por Anthony Loewenstein y Ahmed Moor. En 2013 Rashid Khalidi pedía en *Brokers of Deceit* la autodisolución de la Autoridad Palestina y emprender una lucha por los derechos democráticos plenos en un solo Estado, mientras que el volumen editado por Hani Faris, *The Failure of the Two-State Solution*, dio a luz el conjunto más completo hasta la fecha de reflexiones y propuestas sobre un programa para un solo Estado, de una veintena de colaboradores. Las respuestas a esa literatura no han tardado en llegar, tanto desde el lado israelí como desde el palestino. En 2009 Benny Morris produjo *One State, Two States*, y Hussein Ibish *What's Wrong with the One-State Agenda?*; en 2012 Asher Susser *Israel, Jordan and Palestine: The Two-State Imperative*; en 2014, un grupo de expertos israelíes y palestinos colaboraron en *One Land, Two States*, bajo la guía de Suecia. Ha comenzado a surgir así un nuevo panorama intelectual, en el que el propio Olmert podía advertir de los peligros para Israel de atizar la discusión sobre un solo Estado en la Tierra Prometida.

Las formas previstas para tal Estado varían en la literatura que lo propone, desde una democracia unitaria con derechos civiles y políticos iguales para todos, hasta una federación binacional siguiendo la línea belga o una confederación de cantones étnicos. Pero la argumentación general que presentan se basa en un conjunto común de observaciones y juicios. En toda Cisjordania, por no hablar de Jerusalén Este, el entramado de la logística judía y el patrón de los asentamientos judíos han profundizado demasiado como para revertirlos: la expansión israelí ha destruido de hecho la posibilidad de un segundo Estado anidado dentro de Sión. Si fuera a cobrar forma alguna vez, el segundo Estado ofrecido a los palestinos desde Oslo sólo podía ser un pedúnculo del primero, a falta de contigüidad geográfica, viabilidad económica o los rudimentos de una auténtica soberanía política: no sería una estructura

independiente, sino un anexo de Israel. Pero como incluso la implementación de esa solución se pospone indefinidamente, quizá sería mejor devolver la pelota a los opresores y reivindicar un solo Estado en el que al menos habría paridad demográfica entre ambas comunidades. Como bandera política bajo la cual luchar, los derechos civiles –así se plantean– tienen un atractivo internacional más potente que la liberación nacional. Si Israel es inexpugnable frente al ataque étnico, podría ser vulnerable a la presión democrática.

I 2

Si «la idea de dos Estados es esencialmente una contraseña codificada» –en palabras de Joel Kovel– para «el engrandecimiento continuado del Estado judío, junto con “otro Estado” más o menos insignificante en un fragmento del territorio cada vez más reducido»³⁵, ¿qué se puede decir de la idea de un solo Estado, tal como se ha esbozado hasta la fecha? En la fuerza de su solidaridad con los palestinos y la claridad de su visión de lo que realmente significa la solución de los dos Estados, marca un avance fundamental en el crecimiento de la oposición, binacional e internacional, al Estado sionista. La mejor medida de su impacto es la reacción oficial frente a la misma. Hace más de una década, ante el primer indicio de un interés por ella –meramente táctico– por parte de un funcionario de la Autoridad Palestina, el secretario de Estado Powell anunció que la Hoja de Ruta estadounidense hacia la solución de dos Estados era «la única opción posible»³⁶. La chanza israelí inicial era que «lo mismo se podría pedir un Estado palestino en la luna». Muy pronto, sin embargo, Olmert expresó su temor de que los palestinos pudieran pasar «del paradigma argelino al sudafricano, de una lucha contra la “ocupación”, como ellos dicen, a una lucha por un hombre un voto. Eso es, por supuesto, una lucha mucho más clara, mucho más popular, y en última instancia mucho más poderosa». Instando a sus compatriotas a concluir un acuerdo con la Autoridad Palestina lo más rápidamente posible, les decía: «Si algún día la solución de dos Estados se derrumba, y nos enfrentamos a una lucha similar a la de Sudáfrica por la igualdad en el derecho de voto, tan pronto como eso suceda el Estado de Israel

³⁵ Joel Kovel, *Overcoming Zionism: Creating a Single Democratic State in Israel/Palestine*, Londres-Toronto, 2007, p. 216.

³⁶ Véase Tamar Hermann, «The Bi-National Idea in Israel/Palestine: Past and Present», *Nations and Nationalism*, vol. 11, núm. 3, 2005, pp. 381-382.

estará acabado»³⁷. La advertencia por un lado era tan táctica como lo era la sugerencia por el otro, preocupado cada uno de ellos por apuntalar una posición interna. Pero que cualquier solución de un solo Estado significaría el fin del sionismo y de su criatura en Cisjordania está claro para ambas partes.

Pero afortunadamente, coinciden, su viabilidad es nula, ya que ni judíos ni palestinos tienen el más mínimo deseo de que se llegue a ella: el compromiso apasionado de unos y otros con su propio Estado y su propia fe es un obstáculo insuperable para su unión en una sola estructura política. El elemento de realismo en ese argumento está fuera de duda; pero la barrera es menos simétrica de lo que se supone. Para los dirigentes políticos de ambos bandos, por supuesto, es absoluta: no van a establecer un pacto suicida. Lo mismo es válido para la inmensa mayoría de la comunidad judía, para la que Israel es su fortaleza. Pero no es necesariamente tan cierto para las masas palestinas, para las que el abandono de la esperanza de un Estado separado en favor de la integración en Israel podría llegar a ser preferible a la asfixia indefinida en el *statu quo*. Bajo la Autoridad Palestina de Abás, que se ha clasificado en dos ocasiones por debajo de cualquier otro gobierno árabe en cuanto a la libertad de prensa —las obras de Edward Said fueron prohibidas por Arafat—, la censura y la intimidación dificultan valoraciones fiables de la opinión pública; pero parece claro que la sociedad civil no ha sido aún totalmente cooptada o aplastada, ni las universidades enmudecidas; y a través de ellas se filtran señales de una creciente desilusión con respecto a los objetivos oficiales de la OLP³⁸.

No es de extrañar, pues, que la primera denuncia desatinada en forma de libro de la solución de un solo Estado proviniera de quien más razones inmediatas tenía para temerla, el régimen de Al Fatah en Cisjordania, cuyo grupo de presión en Estados Unidos, la American Task Force on Palestine, tuvo «el orgullo de presentar» la refutación de Hussein Ibish

³⁷ *Haaretz*, 29 de noviembre de 2007. En la misma entrevista, Olmert señalaba abiertamente a «las organizaciones judías» como «nuestra base de poder en Estados Unidos».

³⁸ Sobre la posible extensión del apoyo palestino a un Estado único, consúltense la encuesta de Bir Zeit citada por S. Makdisi: *Palestine Inside Out*, cit., pp. 282, 347, y los sondeos mencionados en H. Faris (ed.), *The Failure of the Two-State Solution*, cit., pp. 8, 239, 291. Dados los controles ideológicos existentes en los Territorios Ocupados —que los textos escolares identifican esencialmente con Palestina, sin mencionar apenas a los refugiados—, probablemente no hay datos fiables disponibles.

a principios de 2006³⁹. Después de enumerar y rechazar uno por uno los argumentos en favor de un solo Estado –naturalmente, sin mencionar siquiera el disgusto hacia el régimen policial de la Autoridad Palestina que los motivaba–, Ibish explicaba lo que se necesitaba verdaderamente: «un servicio de seguridad robusto, profesional e independiente, a fin de mantener la ley y el orden en la sociedad palestina, satisfacer las expectativas internacionales e israelíes en materia de seguridad, y evitar la proliferación de grupos milicianos, ejércitos privados y militantes *ad hoc*»⁴⁰. Por parte israelí Asher Susser, comentando la «valiosa labor» de Ibish, se esforzaba por descartar la idea de que el BDS, que ni siquiera había tenido gran repercusión en Sudáfrica, pudiera tener severos efectos en el mundo globalizado de hoy. Pero aunque sea muy poco realista, «la idea de un solo Estado se ha convertido en un vehículo favorito de la guerra política contra Israel y el proyecto sionista. No busca la aquiescencia de Israel, sino su sumisión, pretendiendo que ésta se logre mediante la coerción de la comunidad internacional como corolario natural de la deslegitimación total de Israel». Como tal, había «erosionado incuestionablemente la legitimidad de Israel y la solución de dos Estados» y había «desempeñado un papel instrumental en el aislamiento progresivo del país, similar en algunos aspectos a la condición de paria reservada en otro tiempo para el *apartheid* en Sudáfrica»⁴¹. Los israelíes correrían un gran riesgo si ignoraran sus corrosivos efectos.

¿Pero se evita mejor ese riesgo mediante la simple repetición de la verdad de que «todos sabemos lo que significa una solución», de acuerdo con la propuesta por Clinton que casi se alcanzó en la Cumbre de Taba en 2001? En 2014 «un grupo de destacados académicos y expertos israelíes y palestinos, muchos de ellos con estrechos vínculos con los líderes de sus respectivos bandos», veteranos del proceso de paz y sus «canales altamente secretos antes y después de las negociaciones de Oslo», había llegado a la conclusión de que en el infausto caso de que la Hoja de

³⁹ «El libro no podía ser más oportuno y significativo, dado en particular el vigoroso compromiso del gobierno estadounidense bajo el liderazgo del presidente Barack Obama en la búsqueda de un acuerdo para el fin del conflicto entre Israel y los palestinos», un empeño que es «esencial para el interés nacional de Estados Unidos»: «Prefacio» a Hussein Ibish, *What's Wrong with the One-State Agenda? Why Ending the Occupation and Peace with Israel is Still the Palestinian National Goal*, Washington DC, 2006, p. 5.

⁴⁰ H. Ibish, *What's Wrong with the One-State Agenda?*, cit., pp. 134-135.

⁴¹ Asher Susser, *Israel, Jordan and Palestine: The Two-State Imperative*, Waltham (MA), 2012, pp. 144, 224.

Ruta no llegara a buen término, se requeriría algo más imaginativo⁴². Para resucitar la credibilidad de la solución de dos Estados, se podría considerar una implementación alternativa: no mediante una partición del territorio, sino de una duplicación de funciones, con Estados israelí y palestino paralelos que operarían en el mismo espacio, cada uno de ellos con su propia soberanía. *One Land, Two States* esboza un plan mucho más detallado y complejo –la ayuda sueca sirvió para elaborar las particularidades institucionales– que cualquier propuesta de un solo Estado hasta la fecha, para satisfacer mejor el aborrecimiento sionista de éstas. Al preservar intacto a Israel junto con una sombra palestina del mismo, el «Proyecto de Estado paralelo» lo protege frente a los peligros de deslegitimación. Pero ser paralelo no significa, por supuesto, ser igual. La mejor forma de hacer frente a los temores profundamente arraigados sobre tal solución, explica una contribución, es «mantener una clara asimetría de poderes». Considerando únicamente las cuestiones de seguridad, «en todas las posibles configuraciones la parte israelí insiste en mantener cierta ventaja militar»⁴³.

13

La solución de dos Estados, en la que el gobierno de Obama continúa insistiendo, nunca ha disfrutado más que de un apoyo de boquilla renuente en el campo revisionista en Israel, como una concesión táctica a la *force majeure* diplomática. Una consecuencia de la evacuación de Gaza ha sido liberar a los espíritus más audaces para considerar la posibilidad de acabar con todo el problema por las bravas. En 2014 Caroline Glick, subdirectora gerente de la revista *The Jerusalem Post* y profesora de las FDI, publicó *The Israeli Solution: A One-State Plan for Peace in the Middle East*, proponiendo la anexión pura y simple de Judea y Samaria integrándolas en Israel, como Jerusalén Este, para redondear las fronteras naturales del sionismo contemporáneo. Los temores de que esto amenazara el predominio judío en Israel eran infundados, basados en estadísticas infladas de la población árabe producidas por agencias cisjordanas. Acabar con la Autoridad Palestina, a la que los Estados árabes no están en condiciones de ayudar, aliviaría la carga económica

⁴² Mark LeVine y Matthias Mossberg (eds.), *One Land, Two States: Israel and Palestine as Parallel States*, Berkeley-Los Angeles, 2014, p. xiii.

⁴³ Nimrod Hurvitz y Dror Zeevi, «Security Strategy for the Parallel States Project: An Israeli Perspective», en M. LeVine y M. Mossberg (eds.), *One Land, Two States*, cit., pp. 72, 77.

de Estados Unidos, dándole razones para dar la bienvenida al cambio. La única dificultad real sería la reacción europea, pero las sanciones de la UE, en caso de materializarse, no serían el fin del mundo: Israel ya estaba diversificando sus socios comerciales y el futuro económico está en Asia, cuyas principales potencias estaban invirtiendo en infraestructuras israelíes y comprando armas israelíes sin preocuparse de lo que pudiera pensar Ramala⁴⁴.

Para los espíritus más cautelosos éste es un escenario demasiado optimista, dependiente de pronósticos frívolos de que los judíos seguirían siendo más de dos tercios de la población de Israel después de la absorción de Cisjordania, no corroborados por los trabajos de la principal autoridad demográfica del país, Sergio DellaPergola⁴⁵. Una versión más severa de los dilemas que afronta Israel es la proporcionada por Benny Morris, el eminente historiador que inició la demolición de la mitología oficial según la cual Palestina se vació pacíficamente en 1947-1948 del 80 por 100 de su población árabe, y que durante más de una década fue una figura central en el reexamen crítico de la construcción de Israel, antes de unirse a la corriente sionista predominante hacia el cambio de siglo y convertirse en uno de los halcones más radicales del país⁴⁶. En esta nueva fase Morris se ha hecho portavoz de los sentimientos antiárabes más extremos; pero aun cuando su posicionamiento político haya cambiado, la perspicacia histórica que en otro tiempo le permitió romper con tantos tabúes patrióticos no le ha abandonado. Aunque ahora la

⁴⁴ Caroline Glick, *The Israeli Solution: A One-State Plan for Peace in the Middle East*, Nueva York, 2014, pp. 122-135, 259-260, 228-234.

⁴⁵ Véase Sergio DellaPergola, «Demography in Israel/Palestine: Trends, Prospects, Policy Implications», IUSSP XXIV General Population Conference, Salvador de Bahía, agosto de 2001, p. 17. Una década más tarde iba a explicar: «Si la gente pregunta cuándo perderán los judíos su mayoría, habrá que decir que eso ya ha sucedido. Si se suma la población palestina de Gaza y Cisjordania, incluyendo a los trabajadores y refugiados extranjeros, cuyo número ha crecido rápidamente en los últimos años, y omite los israelíes que se acogieron a la *aliya* aprovechando la Ley del Retorno pero no son reconocidos como judíos por el Ministerio del Interior, los judíos son un poco menos del 50 por 100 de la población»: *Jerusalem Post*, 26 de noviembre de 2010. Sobre las inconsistencias de las fuentes en las que se basa Glick, véase Ian Lustick, «What Counts is the Counting: Statistical Manipulation as a Solution to Israel's "Demographic Problem"», *Middle East Journal*, primavera de 2013, pp. 185-205.

⁴⁶ En el verano de 2014, criticando la insuficiencia de la Operación Margen Protector, Morris pidió a Israel que asestara un «golpe mortal» a Gaza, con una reocupación a gran escala del enclave por parte de las FDI para acabar con Hamás y aplastar toda resistencia allí. «We Must Defeat Hamas—Next Time», *Haaretz*, 30 de julio de 2014.

haya puesto al servicio de una causa que antes le denigraba, mantiene la capacidad para llamar a las cosas por su nombre.

Morris ofrece en *One State, Two States* una revisión histórica de cada una de esas tesis dentro de las dos comunidades. Ninguna corriente de opinión árabe significativa ha aceptado jamás una solución binacional para Palestina. Las manifestaciones actuales sobre un Estado laico y democrático en el país no son más que una tapadera para el objetivo de recuperar la posesión de todo él gracias a la futura superioridad numérica. En la parte judía, en cambio, había pequeñas minorías en el Yishuv que proponían un Estado binacional en Palestina y algunas voces aisladas se mantuvieron hasta la independencia, pero sin ningún peso político. El sionismo prevaleciente pretendía desde un principio un Estado judío monoétnico, originalmente desde Jordania hasta el Mediterráneo, comprendiendo el sur del Líbano, aunque luego se redujo al territorio del Mandato británico en Palestina. Sus dirigentes sabían que su objetivo requería la expulsión de los árabes, y no pusieron reparos a la limpieza étnica a la que llamaron «transferencia». Pero como no podían aspirar a persuadir a los británicos para que les entregaran la totalidad de Palestina, aceptaron la propuesta de la Comisión Peel de una partición como un paso táctico para ganar una cabeza de playa, como la llamaba Ben-Gurión, desde la que extender el poderío judío a todo el territorio⁴⁷. La guerra de 1947-1948 dio al sionismo la oportunidad de eliminar la población árabe de la mayor parte del país. Pero en el momento de la victoria, a Ben-Gurión le faltó nervio: en lugar de anexionar y «limpiar» también Cisjordania, cometió el error de permitir que se infectara como un resto alógeno dentro de Israel, y una vez que se había perdido la oportunidad de eliminarlo –sólo podría aparecer de nuevo en caso de otra guerra sustancial– la mayoría de los judíos tendrían que resignarse a aceptar allí un Estado palestino de algún tipo⁴⁸.

La idea de que esa historia podría desbaratarse por la creación en el siglo XXI de un Estado binacional era pura fantasía. El conflicto religioso por sí solo lo impediría. La solución de un solo Estado era una quimera. Sobre la mesa sólo estaba la solución de dos Estados. ¿Pero hasta qué punto era realista? «La misma forma y pequeñez de la Tierra de Israel/Palestina –unos ochenta kilómetros de este a oeste– hace su división en

⁴⁷ Benny Morris, *One State, Two States: Resolving the Israel/Palestine Conflict*, New Haven, 2009, p. 73.

⁴⁸ B. Morris, «Survival of the Fittest», *Haaretz*, 8 de enero de 2004.

dos Estados una pesadilla práctica y casi impensable». Y no sólo eso. «La división del Mandato británico sobre Palestina tal como se propone, con el 79 por 100 para los judíos y el 21 por 100 para los árabes palestinos, no puede sino causar a los árabes, a todos los árabes, una profunda sensación de injusticia, afrenta y humillación y una percepción legítima de que un Estado sobre el territorio de la Franja de Gaza y Cisjordania, resulta sencillamente inviable, política y económicamente». ¿Por qué no deberían entonces los palestinos proceder del mismo modo que habían hecho los sionistas, tomando lo que se les daba como un paso intermedio hacia lo que querían? Tal Estado, «impulsado por factores económicos, demográficos y políticos objetivos, buscaría inevitablemente más territorio y trataría de expandirse a costa de Israel⁴⁹. La lógica de una solución de dos Estados era pues desalentadora: era una receta para el caos perpetuo. Sólo si esa expansión pudiera ser desviada hacia Jordania quedaría alguna esperanza de que la creación de un segundo Estado pudiera tener un resultado no aventurado para Israel, por vago que sea, y al que se opondría sin duda por la fuerza de las armas la monarquía hachemí.

I4

Las precauciones contra cualquier dinámica parecida están por supuesto muy arraigadas en las concepciones israelíes de una solución de dos Estados. La entidad palestina ofrecida no sería un Estado independiente en el territorio aún no ocupado por Israel antes de 1967, por decirlo así. Gaza indica por qué no habrá ninguna retirada significativa de los asentamientos en Cisjordania, por no hablar de Jerusalén Este.

⁴⁹ B. Morris, *One State, Two States*, cit., pp. 177, 195-196. La convicción de Morris de que los palestinos mantenían *arrière-pensées* como los de Ben-Gurión no anda descaminada. Incluso un pilar de la doctrina oficial de los dos Estados como Salim Tamari ha escrito: «Un Estado truncado consagrado en un tratado de paz dejaría un margen considerable para que prosiguiera la lucha dirigida a consolidar su dominio territorial y conseguir una soberanía sustancial». Nasser Abufarha es más contundente. Muchos palestinos que apoyan la reivindicación de un Estado en Cisjordania y Gaza, escribe, lo consideran como «un primer paso hacia la liberación total de Palestina», y agrega con una precisión cáustica: «Eso no quiere decir que sea ésta la verdadera intención de los dirigentes palestinos; lejos de ello, el único programa real de esos dirigentes consiste en mantener su liderazgo». Véanse, respectivamente, «The Dubious Lure of Bi-Nationalism» (Tamari) y «Alternative Palestinian Agenda» (Abufarha), en M. Abdul Hadi (ed.), *Palestinian-Israeli Impasse: Exploring Alternative Solutions to the Palestine-Israel Conflict*, cit., pp. 70, 152.

Reubicar en Israel a 8.000 colonos de Gaza le costó al Estado judío el 2 por 100 de su PIB⁵⁰. Una retirada comparable de los 350.000 colonos atrincherados en Cisjordania consumiría el 80 por 100 del PIB; si se añade Jerusalén Este, el 120 por 100. Cualquier segundo Estado que se creara tendría pues que cargar con esos colonos. Gaza ofrece también un anticipo de la matriz del control judío sobre lo que acabaría siendo Cisjordania, aunque desaparecieran las guarniciones y los puestos de control de las FDI. Después de rechazar cualquier posible solución de un solo Estado, Asher Susser no se anda por las ramas al explicar lo que implica la solución de dos Estados que él siempre ha defendido: «El Estado palestino que los israelíes estaban dispuestos a aceptar nunca sería un miembro independiente y plenamente soberano del concierto de las naciones, sino una entidad castrada, desmilitarizada y vigilada, con el control israelí de su espacio aéreo y posiblemente también de sus fronteras, así como con algún elemento de presencia militar israelí y/o extranjera»⁵¹. Eso es lo que implica el título de su libro. Entre los partidarios de los dos Estados, Susser es un moderado.

Que una Autoridad Palestina sobre esa base, a la que se hubiera concedido la parafernalia de las embajadas y reetiquetada como Estado palestino, sería poco más que un puñado de bantustanes, ha sido obvio durante mucho tiempo; ésa es la razón principal por la que se ha extendido la reivindicación de un solo Estado. Israel se interesó desde muy pronto por la invención sudafricana de esos supuestos Estados –era el único país del mundo en el que Bofuzatsuana tenía una misión diplomática– y su ejemplo ha configurado desde entonces a escondidas el pensamiento oficial. En un pasaje revelador, Abunimah contrasta «el valor y los principios de Mandela, que prefirió permanecer en la cárcel antes que conceder legitimidad a los bantustanes» cuando el régimen del *apartheid* le ofreció la libertad si reconocía el Transkei y se trasladaba allí, con «la desesperada, estúpida e interesada decisión de Yasser Arafat de aceptar las condiciones de Israel como gobernante de pacotilla de un Transkei junto al Mediterráneo»⁵². Justo ahí, sin embargo, reside la contradicción explosiva en los diseños israelíes de un protectorado palestino. Cuanto más estricta sea su salvaguarda contra cualquier soberanía

⁵⁰ P. Rivlin, *The Israeli Economy*, cit., p. 245. La compensación media recibida por cada colono fue de más de 200.000 dólares: Shir Hever, *The Political Economy of Israel's Occupation: Repression Beyond Exploitation*, Londres, 2010, p. 71.

⁵¹ A. Susser, *Israel, Jordan and Palestine: The Two-State Imperative*, cit., p. 220.

⁵² A. Abunimah, *One Country: A Bold Proposal to End the Israeli-Palestinian Impasse*, Nueva York, 2006, pp. 145-146.

verdadera, menos credibilidad tendrá el régimen instalado por Israel, y más probables serán los levantamientos populares en su contra. La domesticación de una elite colaboracionista corre el riesgo de prender la combustión de la cólera por la humillación. Las redes de seguridad son susceptibles de convertirse en bumeranes. Cuanto más rigurosas sean las precauciones tomadas en la creación de un segundo Estado, mayores serán los deseos de rebelarse contra ellas.

Una solución de un solo Estado no estaría sometida a esa dialéctica; pero tiene sus propios escollos ocultos, poco abordados en las propuestas formuladas hasta ahora. Su objetivo es superar la división original del país en 1948, y no sólo las ocupaciones de 1967. Sin embargo, la mayor parte de la literatura que ha producido elude, si no el hecho, sí las consecuencias de esa división: la enormidad del botín incautado por el conquistador y la envergadura del exilio que la conquista provocó⁵³. En 1947 los judíos poseían el 8 por 100 de la tierra en lo que hoy es Israel; ahora controlan el 93 por 100 y los árabes el 3,5 por 100⁵⁴. Dos estimaciones independientes sitúan el valor de las propiedades confiscadas por el Estado sionista a la población palestina y pérdidas asociadas en un poco menos de 300 millardos de dólares, en precios de 2008-2009⁵⁵. Casi la mitad de la población de los propios Territorios Ocupados está registrada como refugiados: un poco menos de 2 millones de personas, de los

⁵³ Para una rara excepción, véase Ian Lustick, «Thinking about the Futures of Palestine with the Pasts of Others», en M. Abdul Hadi (ed.), *Palestinian-Israeli Impasse*, cit., p. 214: «El hecho de que establecer un Estado y una jurisdicción legal sobre todo el país abriría un cuestionamiento radical de toda la transferencia a manos judías de tierras árabes y públicas dentro de la Línea Verde es un inmenso obstáculo para conseguir que los israelíes se tomen en serio la solución de un solo Estado».

⁵⁴ Oren Yiftachel, *Ethnocracy*, Filadelfia, 2006, p. 58; sobre los mecanismos de judaización de la tierra en Israel tras la conquista, pp. 137-140.

⁵⁵ Véase Rex Brynen y Roula E-Rifai (eds.), *Compensation to Palestinian Refugees and the Search for Palestinian-Israeli Peace*, Londres, 2013, pp. 10, 132-169. Ambas estimaciones provienen de economistas con respaldo de la ONU: Thierry Senechal y Leila Halal, «The Value of 1948 Palestinian Refugee Material Damages» y Atef Kubursi, «Palestinian Refugee Losses in 1948». Para un raro ejemplo de una israelí dispuesta a considerar el tema, la compensación «máxima posible» para todos los palestinos desposeídos se situaría en torno a los 15 millardos de dólares, principalmente a cargo de fuentes occidentales: Ruth Klimov, «Reparations and Rehabilitation of Palestinian Refugees», en Eyal Benvenisti, Chaim Gans y Sari Hanafi (eds.), *Israel and the Palestinian Refugees*, Heidelberg, 2007, p. 342. En Taba, los negociadores de Tel Aviv insinuaron cautelosamente una cifra de 3-5 millardos de dólares de fondos sionistas para cinco millones de refugiados palestinos. Como se ha señalado, la Knéset concedió alrededor de un millardo para reubicar a un total de 8.000 colonos judíos desde Gaza.

5 millones registrados por la ONU. El número de exiliados sin Estado es de 2,5 millones, y el número de refugiados que viven en campamentos es de 1,5 millones. ¿Qué sucedería con esas propiedades y esas personas en el sistema político de un solo Estado? Al soslayar de puntillas la cuestión que está en la raíz del conflicto entre las dos comunidades en el antiguo Mandato, la literatura sobre el Estado único –*a fortiori* un Estado paralelo– acepta tácitamente que las reparaciones y el retorno no serán más que simbólicos, en el mejor de los casos, y con ello se une a la solución de dos Estados en la ceguera frente a la improbabilidad de que la tremenda desigualdad entre palestinos y judíos, basada en el despojo brutal de una parte por la otra, no sea una continua y ardiente fuente de cólera, contenida a punta de pistola a lo largo de la frontera entre dos Estados o acechante en las calles y ciudades de un solo Estado, en el que cada monumento a la riqueza y el privilegio sería un recordatorio diario del expolio original. En la capacidad de Morris para ver y explicitar esa perspectiva radica su ventaja.

15

Pero la improbabilidad no es certeza. La sentencia atribuida al general Moshe Ya'alon, antiguo jefe de Estado Mayor y ministro de Defensa a cargo del Margen Protector es apócrifa (ha realizado muchas declaraciones bastante más incendiarias), pero su difusión expresa la apreciación por ambos bandos de que ésa es la apuesta, abierta y declarada, del *establishment* revisionista israelí, e implícita en el laborista: «Hay que hacer entender a los palestinos, en lo más profundo de su conciencia, que son un pueblo derrotado». Setenta años de expulsión y ocupación es mucho tiempo. Al cabo de otros veinte o treinta, ¿no serían concluyentes la fatiga y la resignación? Las pruebas son ambiguas. El ataque contra el Líbano y la derrota de la primera Intifada obligaron a la OLP a someterse a Oslo. El aplastamiento de la segunda Intifada trajo consigo a Abás y Fayyad. La Operación Plomo Fundido encerró a Hamás en la Línea Verde. Cada golpe ha reducido las pretensiones de resistencia; pero también la ha desplazado. Una vez que la OLP quedó fuera de combate en el Líbano, en Cisjordania estalló una rebelión fuera de su control. Una vez que se hizo evidente la impotencia de la Autoridad Palestina, hubo una segunda y más radical rebelión en Cisjordania. Una vez que se instaló a Abás, Hamás obtuvo una victoria electoral abrumadora. Una vez que Hamás empezó a contemporizar en Gaza, la Yihad Islámica ganó

fuerza. Jerusalén Este podría ser el próximo detonante⁵⁶. ¿Ha acabado reduciendo la capacidad neta de resistencia el efecto acumulativo de esos desplazamientos? Es demasiado pronto para decirlo. Pero es poco probable que el ciclo de represión y resurgimiento haya dejado de funcionar.

Es ese temor, por supuesto, lo que impulsa los intentos occidentales de acorralar a la clase política israelí para que acepte un acuerdo de dos Estados como el propuesto por Clinton, que siempre han encontrado un eco en el campo laborista del sionismo, congénitamente más deferente con las exigencias imperiales, primero británicas y luego estadounidenses, que la tradición revisionista de mentalidad más independiente. Sería necesario, pues, que los laboristas volvieran al gobierno como algo más que un socio subordinado en una coalición con el Likud, para llevar a buen término esa iniciativa. Estados Unidos y la UE han respaldado una solución de dos Estados tan públicamente que sería difícil para ellos recoger velas, y de hecho, alguna versión cepillada de la propuesta de Clinton parece el resultado más probable en el próximo futuro. Pero mientras Oriente Próximo siga siendo un campo de batalla para los conflictos sectarios dentro del Islam, no hay una urgencia apremiante para que Occidente la acelere. Estados Unidos tiene gran influencia en Tel Aviv, pero arriesga poco en la demora⁵⁷. La UE corre el riesgo de cierto desasosiego, pero tiene poca influencia. Por el momento, los Territorios Ocupados pueden unirse al Sáhara Occidental o al norte de Chipre en la memoria-limbo de Occidente.

⁵⁶ Véase Nathan Thrall, «Rage in Jerusalem», *London Review of Books*, 4 de diciembre de 2014, donde se informa de que «más de mil palestinos de Jerusalén, la mayoría de ellos menores de edad, han sido detenidos desde julio, el cuádruple de las detenciones totales en Jerusalén Este por delitos relacionados con la seguridad entre 2000 y 2008, período que incluye la Segunda Intifada».

⁵⁷ «Las ventajas potenciales de la creación de un Estado palestino pequeño, pobre y estratégicamente intrascendente, son pequeñas en comparación con los costes internos de presionar demasiado a un estrecho aliado que ejerce un significativo poder regional, así como en la política interna [estadounidense]», escribe Nathan Thrall, en el análisis más agudo de la política estadounidense hacia Israel desde Clinton a Obama: «Israel and the US: the Delusions of Our Diplomacy», *The New York Review of Books*, 9 de octubre de 2014. En su combinación de crítica clara y realismo sensato, los informes de Thrall desde y sobre Israel han sido siempre sobresalientes.

¿Dónde deja todo esto la lucha palestina por la liberación? Resulta difícil pensar en ningún movimiento nacional que haya sufrido un liderazgo tan ruinoso. Una vez que el imperialismo británico aplastó el gran levantamiento palestino de 1936-1937, cuya represión exigió más tropas que cualquier otra revuelta colonial en el período de entreguerras, el Yishuv cosechó la herencia de una fácil ventaja en el Mandato, que el variado surtido de ejércitos árabes mal dirigidos e insuficientemente equipados no estaba en condiciones de contrarrestar.

La Nakba fue tan rápida y catastrófica que durante más de una década no existió ninguna organización política palestina, de ningún tipo. La propia OLP, creada dieciséis años después, fue en su origen más una construcción de la diplomacia egipcia, financiada por la Liga Árabe, que una iniciativa nacional. Objetivamente, las condiciones para construir un movimiento fuerte con una estrategia coherente eran excepcionalmente difíciles desde un principio; pero se verían fatalmente agravadas por los delirios y la incompetencia de Fatah y el liderazgo de Arafat. Durante un cuarto de siglo, el objetivo oficial de la OLP fue recuperar todo el territorio del Mandato por la fuerza de las armas, poniendo fin al sionismo, cuando estaba absolutamente claro –la protección estadounidense por sí sola lo descartaba– que no había ni la más remota posibilidad de lograrlo. Cuando Fatah lo entendió por fin, y el Consejo Nacional Palestino aceptó el principio de dos Estados, el maximalismo fantasioso se convirtió en un minimalismo ignominioso: Arafat recibió el Premio Nobel de la Paz por haber accedido a él con la esperanza de una quinta parte del país, que hasta anteaer había reclamado por entero; y ello sólo como una vaga promesa, por un pago inicial del 3 por 100 de la misma, y la fruslería del título de presidente. Desde entonces, hasta el tocón reseco ofrecido en Oslo se ha reducido mucho⁵⁸.

⁵⁸ Alrededor de 2003, un amigo palestino escribió a Gershon Shafir: «El plan de partición de las Naciones Unidas ofrecía a los palestinos el 47 por 100 del territorio originalmente suyo. El Acuerdo de Oslo de 1993 les ofrecía el 22 del 100 del territorio originalmente suyo. La “generosa oferta” de Ehud Barak a los palestinos en 2000 les ofrecía el 80 por 100 del 22 por 100 del territorio originalmente suyo. Por último, el plan de paz de Sharon les ofrecía a los palestinos el 42 por 100 del 80 por 100 del 22 por 100 del territorio originalmente suyo, y ese 42 por 100 se mantendrá bajo un toque de queda permanente». Shafir comenta: «Un aspecto particularmente doloroso de esta formulación de tierra-por-paz desde una perspectiva palestina es que al usar la posesión actual de la tierra como punto de partida, en lugar de la relación original de cada grupo con la tierra, las categorías de quién da

En lugar de reclamar la totalidad del territorio para acabar conformándose con un minúsculo retazo, se debería haber reivindicado desde un principio una distribución equitativa del mismo entre los dos pueblos. El Plan de Partición de 1947, fruto de una investigación amañada, impulsado en la ONU por Estados Unidos mediante sobornos y chantajes, no fue más que una caricatura de esa distribución desde el primer momento: a los judíos, con el 32 por 100 de la población, se les concedió el 55 por 100 del país y el 80 por 100 de la costa; a los árabes, con el 68 por 100 de la población, se les asignó el 45 por 100 del territorio. Un año después Israel había confiscado el 78 por 100, al que se añadió el resto de Jerusalén en 1967⁵⁹. A partir de entonces las proporciones entre las dos comunidades han fluctuado, pero la gran inmigración judía y altas tasas de natalidad palestinas han dado lugar a la paridad aproximada que se mantiene hoy: los judíos superan por muy poco a los palestinos, y esa relación se invertirá pronto. Si la OLP hubiera basado su lucha en la enorme desproporción entre territorio y demografía, y hubiera hecho una campaña internacional por la igualdad de recursos comparables, habría puesto el Estado sionista a la defensiva. ¿Cómo podría haber justificado nunca semejante expolio? Ahora es demasiado tarde para hacerlo. En su lugar tenemos el espectáculo de israelíes altamente ilustrados recordando al mundo que nunca cuestionaron la legitimidad de la apropiación por Israel de las cuatro quintas partes del país y que, aparte de unos pocos ajustes, la limosna ofrecida por Clinton a los palestinos podría considerarse una muy buena oferta, sin que Ramala eleve apenas un murmullo de protesta.

y quién recibe se invierten, y es Israel el que parece generoso»: «Reflections on the Right of Return: Divisible or Indivisible?», en Ann Lesch y Ian Lustick (eds.), *Exile and Return: Predicaments of Palestinians and Jews*, Filadelfia, 2005, p. 302.

⁵⁹ En una de las mejores reflexiones de un pensador judío sobre esta historia, Andrei Marmor señaló que no sólo no había ninguna diferencia de principio en la incautación de territorios en 1948 y 1967, sino que «en una comparación moral entre esos dos episodios de conquista, a la ocupación de tierras árabes en 1948 le iría mucho peor. Por muy inmorales que sean los asentamientos, además de políticamente estúpidos, al menos no forman parte de un proceso de limpieza étnica. Por lo que yo sé, fueron relativamente pocos los residentes palestinos expulsados de sus hogares en el transcurso del reasentamiento, no se produjeron atrocidades durante la confiscación de tierras palestinas (en su mayoría agrícolas) en las que se han producido esos asentamientos, y no hubo ninguna transferencia masiva de población. Por desgracia, nada de esto puede decirse de la conquista de 1948»: «Entitlement to Land and the Right to Return: An Embarrassing Challenge for Liberal Zionism», en Lukas Meyer (ed.), *Justice in Time: Responding to Historical Injustice*, Baden-Baden, 1994, p. 323.

En este escenario, la reivindicación de un solo Estado es ahora la mejor opción disponible para los palestinos. Que sea rechazada con igual vehemencia por portavoces sionistas y *esbirros* debería bastar como prueba. Seguirá siendo una idea, más que un programa, mientras deje de lado las cuestiones de reparación y retorno, que no se resolverán engañando a los esquilmados con gestos simbólicos en lugar de restitución material, ni vertiendo a los refugiados en las reservas de Oslo en lugar de permitirles regresar allí donde vivían sus familias⁶⁰. Pero lo que una agenda de un solo Estado requiere, sobre todo, es por supuesto un movimiento organizado que reconfigure la construcción del futuro como una lucha por la democracia. Por definición, debe abarcar los tres sectores de la población palestina bajo control israelí, actualmente separados entre sí, por no hablar de la diáspora. Nada de eso es en la actualidad concebible; pero tiene sentido preguntar: ¿qué implicaría, en principio? En Cisjordania Rashid Khalidi –entre otros–, ha pedido la autodisolución de la Autoridad Palestina, a la que Israel ha subcontratado la vigilancia de parte del territorio⁶¹. Para que eso suceda se necesitaría una tercera Intifada, un levantamiento popular contra el régimen represivo de Fatah, al que se unieran sus cuadros menos corruptos. En Gaza, la probidad y la disciplina son valores críticos para cualquier movimiento de los oprimidos; pero la suerte de su organización matriz en Egipto ha enseñado a Hamás el coste de poner la religión por encima de la democracia y ello no sólo para los propios fieles. Por último, pero no menos importante, en el propio Israel la comunidad palestina no gana nada de su impotente representación en la Knéset, donde los partidos árabes, condenados al ostracismo, no hacen más que legitimar un sistema que los margina e ignora. El boicot político más eficaz debería empezar por ahí, abandonando la Knéset por una asamblea aventina [*secessio plebis*] basada en sus propias elecciones árabes, para transmitir en casa y al mundo –y a los propios israelíes– cuán lejos ha estado siempre la construcción sionista

⁶⁰ La gran mayoría proceden de lo que hoy es Israel, no de los Territorios Ocupados. Cualquier idea de que debería permitírseles volver a lo que antes eran sus hogares «es y seguirá siendo anatema para una mayoría abrumadora, notablemente inquebrantable, de los israelíes»: Dan Rabinowitz, «Beyond Recognition: Staggered Limited Return of Palestinians into Israel», en A. Lesch e I. Lustick (eds.), *Exile and Return*, cit., p. 415.

⁶¹ Rashid Khalidi, *Brokers of Deceit: How the US Has Undermined Peace in the Middle East*, Boston, 2013, pp. 117-119.

de cualquier igualdad democrática, y para ofrecer un ejemplo positivo de representación y debate libre a los Territorios Ocupados⁶².

Si un movimiento palestino unitario por la democracia es condición para un solo Estado en algún momento futuro, los obstáculos para ello son evidentes y, en la actualidad, insuperables. Entre ellos se cuentan no únicamente la resistencia de los gendarmes y torturadores en Ramala, los intolerantes en Gaza, la presencia de arribistas corruptos en Jerusalén y la hostilidad de Occidente y de Israel, sino también el hecho de que es tan cierto hoy como lo era en el pasado, que sin una transformación revolucionaria del paisaje árabe circundante que ponga fin al sofocante universo de autocracia feudal y tiranía militar, de regímenes clientelares y de Estados rentistas atravesados pero no alterados por las refriegas religiosas, las posibilidades de emancipación en Palestina son pocas. Hay dos razones para ello. En ausencia de un marco de referencia o de iniciativas en pos de estructuras políticas más democráticas en los principales países árabes, la experiencia palestina aislada de ellos está condenada a debilitarse. Cuando las elecciones palestinas en 2006 fueron desdeñadas por Estados Unidos, la UE e Israel, no hubo un apoyo árabe compensador al gobierno que salió de ellas. Una isla de democracia palestina de cualquier tipo, preámbulo de un solo Estado o de otra índole, es poco probable que pueda perdurar mientras siga rodeada por un mar de despotismo. E Israel tampoco renunciará nunca a sus posiciones de fuerza hasta que se enfrente a una amenaza real en Oriente Próximo, que sólo podrá materializarse cuando la región ya no sea una zona en cuya corrupción y sumisión Washington puede confiar. Sólo entonces, frente a una solidaridad árabe que controle sus propios recursos naturales y sus emplazamientos estratégicos, se vería forzado Estados Unidos a obligar a su *alter ego* a llegar a un acuerdo.

⁶² Es de notar que una de las críticas más tempranas y más claras del régimen de Ramala provino de dentro de la comunidad palestina en Israel: véase Azmi Bishara, «4 May 1999 and Palestinian Statehood: to Declare or Not to Declare», *Journal of Palestine Studies*, vol. 28, núm. 2, 1999, pp. 14-15, que suscitó la protesta indignada del pacifista israelí Uri Avnery, quien expresó su «apoyo incondicional» a Arafat y su fe en «la notable historia of Ehud Barak», como artífices de una futura solución realista de dos Estados: «A Binational State? God Forbid!», *Journal of Palestine Studies*, vol. 28, núm. 4, 1999, pp. 55-60.